

FIGUERAS Y EL AMPURDÁN

Las comarcas tienen, aun actualmente, un valor principalmente tradicional y posiblemente también económico, ya que lo que en gran parte hace perdurar su existencia es la celebración de un gran mercado semanal, en la población que constituye de hecho la cabeza o capital de cada una de ellas.

Pero las modernas divisiones administrativas, la mayor velocidad en los medios de comunicación y transporte y el creciente intercambio entre los pobladores de una región con los de otras provincias, contribuyen poderosamente a que muchas comarcas vayan desdibujándose lentamente, cosa que, en muchos aspectos es muy de lamentar.

No obstante, algunas logran conservar plena personalidad y lozanía, y entre las que con mayor fuerza esta personalidad destaca, figura justamente la del Ampurdán: tal persistencia en este aspecto comarcal depende, en este caso concreto, más de la capital que de los pueblos que constituyen la comarca: a esta concepción obedece el que hayamos puesto como título de las presentes líneas «Figueras y el Ampurdán» y no «El Ampurdán y Figueras».

A formar esta destacada comarca ampurdanesa sirvió, como estrato fundamental, la característica racial de su población aborigen, diferente en relación a la de otras comarcas catalanas. Los indiketes que constituyeron este «substratum» fundamental eran, en características y temperamento, bastante diferentes de los ausetanos y ceretanos que poblaban las comarcas del interior y de la alta montaña de nuestra actual provincia. A esta fuerte característica de su población autóctona primitiva, debe el Ampurdán sus reconocidas virtudes y sus gracias.

Desarrollada la cultura primitiva en la zona junto al mar, principalmente en los lugares en que existieron factorías colonizadoras de griegos masaliotas y después de romanos, la influencia de dicha cultura fué extendiéndose luego tierra adentro; y así vemos que primeramente se desarrolló ampliamente Ampurias; que después, al ensancharse la zona agrícola cultivada y al crecer su riqueza, fué Castelló de Ampurias la población que en la época condal ejerció la capitalidad, y más tarde, fué Figueras, como lugar más céntricamente situado y por su posición junto al gran camino a Francia, la que se erigió en cabeza de la extensa y rica comarca ampurdanesa.

El Ampurdán, que posee desde hace mucho tiempo una gran riqueza agrícola y ganadera, no ha llegado a crear poblaciones de censo elevado; tan solo Figueras ha ido acreciendo conside-

rablemente su población. Este hecho de no mediar una ciudad poseedora de fuerte dinamismo e influencia, hubiera determinado, al paso del tiempo, un desdibujamiento de las características de la comarca; y de hecho, el Alto Ampurdán (que es la parte del Ampurdán a que principalmente nos referimos) hubiera quedado relegado a ser en el aspecto comarcal, una zona agrisada y soñolienta como tantas otras hay en Cataluña.

Pero, por fortuna, ha existido ejerciendo una acción mantenedora, eficaz, aglutinante y orientadora, una ciudad con fuerte personalidad como es Figueras; y formando parte de ella, un nutrido contingente de figuerenses, muy amigos de su comarca y muy amantes de su ciudad, que con su dinamismo y su acción nunca desmayada, han logrado ejercer sobre las poblaciones rurales una verdadera influencia rectora consiguiendo con ello mantener las características de una fuerte y bien concretada comarca.

Es justo consignar que, en esta labor, han contribuido también numerosos y valiosos elementos de las poblaciones comarcanas, que han sumado sus loables esfuerzos e iniciativas a los del núcleo de la ciudad; pero que, de no haber existido aquel núcleo, probablemente hubieran quedado dispersos e inoperantes.

He aquí, pues, la visible y poderosa labor que ha venido realizando y continúa realizando Figueras como ciudad y los figuerenses como ampurdaneses. Ello ha sido posible porque ha existido siempre en Figueras este denso núcleo de figuerenses, muchos de los cuales han logrado sobresalir en las varias manifestaciones de la cultura, del arte y de la economía, y todos ellos, conjuntamente, han ido formando o fraguando un sólido prestigio para su ciudad que, al volcarse luego sobre la comarca, ha sido lo que ha mantenido la vitalidad y la persistencia de la misma.

En resumen: nos parece indudable que Figueras se ha ido formando con las esencias vitales del Ampurdán; pero también creemos que el Ampurdán perdura, y es de esperar perdurar, como comarca, merced, en buena parte, a esta acción dinámica, o de empuje de la savia comarcal, que viene realizando Figueras y los figuerenses, con constancia ejemplar, sin desmayos, y desde que esta ciudad fué erigiéndose en motor orientador y aun en plasmador de su rica comarca. Y creemos que éste es un valioso timbre de gloria para la ciudad, y un motivo de legítimo orgullo para los figuerenses.

Joaquín PLA CARGOL

MAX JACOB Y LA SARDANA

En su libro de poesías titulado «Le Laboratoire Central», publicado en París en el año 1921, el poeta Max Jacob incluye un poema en honor de la sardana y de la tenora.

Max Jacob se catalogaba entonces entre los poetas «cubistas», que posteriormente fomentaron el movimiento llamado «dadaísta», y que en la actualidad tomarían el nombre de «surrealistas». No es de extrañar que en la mencionada poesía, como en todas las suyas, se refleje su peculiar manera de ver las cosas y de exponer los conceptos con imágenes deliciosamente atrevidas.

El poeta estuvo en Figueras y vió bailar sardanas. La emoción que le produjo la música de las sardanas la expresa en versos tan contundentes como éstos:

*La musique a fait pleurer nos yeux
La musique ingènuë a gêné nos poitrines.*

*Elle, -la tenora- m'a grisé comme une eau-de vie.
Elle s'est éteinte comme une bougie
Son souvenir est dans ma vie.*

*Adieu, sardane et tenora!
Demain je serain loin d'ici.*

Et moi je te dirai merci.

Intercalada en el poema, puso el poeta una explicación en prosa, en la que, entre otras cosas decía: «Me acordaré toda la vida del instrumento musical llamado tenora. He oído la tenora en Figueras, ciudad de Cataluña, en una pequeña orquesta, en una plaza pública. Se bailaba la sardana y antes de cada danza la orquesta ejecutaba una larga introducción de vuelo grandilocuente. La declamación de la tenora estaba apoyada por los demás instrumentos, bien apretados uno contra otro. Después de

la introducción, el ritmo de la danza empieza; este ritmo es de una tal solidez que no creo se pueda desear ya más. Hay en la música de las sardanas un flamear que hace pensar en el esplendor. En el centro de la ronda, hay otra ronda, y en medio de ésta, otra. Los movimientos de estas rondas son los mismos, pero sin coincidir en detalle.

Max Jacob cogió al aire el espíritu y forma de la sardana. Enseguida se vió ganado por ella, por su música, por su ritmo, por su forma, por la manera de ejecutarla. Pero por encima de lo demás, pone la tenora, el instrumento musical que le hizo llorar.

¿Cuál sería la sardana que Max Jacob oyó en la rambla de Figueras? Cualquiera que fuese, dió motivo a que su espíritu de poeta entonces joven, de poeta modernista, se manifestase en una sublime poesía que queda lejos de la estética de «La sardana» margalliana, pero que constituye una de las mejores que han salido de su pluma.

¡Divina sardana, que tanto como el nuestro, ganas el corazón y la voluntad del ilustre extranjero que por primera vez te escuchó! Todo baila a su alrededor. «Il n'y a que les maisons qui ne dansent pas, et l'on se demande pourquoi», — dice el poeta.

Nosotros queremos contribuir a idealizar la escena. La «cobla» tocaría la sardana titulada «Per tu ploro». La tenora lloraría de verdad. Llanto que cuenta hoy con 80 años. No sabemos bajo qué influjo pudo afirmar Julio Garreta que Pep Ventura era un mal compositor de sardanas, y que, entre las suyas, la peor, era la titulada «Per tu ploro». Desde luego esta afirmación, — que consta en una biografía de Garreta, y que en nada favorece al ilustre compositor selvatán, — se contradice con la admiración y respeto que se ha ganado dicha sardana. Quisiéramos que hubiese sido realmente ella la que hiciera llorar, con el ritmo de la tenora, a espíritu tan sensible y de tan alta modernidad, como Max Jacob.

Jaime MAURICI